

CAPITULO V

PRINCIPIOS DE LA COMPAÑÍA HASTA EL VOTO DE MONTMARTRE

1524-1534

SUMARIO: 1. Primera tentativa de reunir compañeros, empezada en Barcelona (1524) y deshecha en Salamanca (1528).—2. Segundo ensayo, deshecho luego de comenzado en París (1529).—3. Tercer esfuerzo, coronado con feliz suceso (1530-1534).—4. Breves noticias biográficas sobre Fabro, Javier, Lainez, Salmerón, Rodríguez y Bobadilla.—5. Voto de Montmartre, el 15 de Agosto de 1534.—6. Tres compañeros más. Cómo se conservaban todos durante sus estudios.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Lainez, *Carta á Polanco*.—2. Cámara, *Vida del P. Ignacio*, c. v, vi y vii. *Memorial*.—3. Polanco, *Vita P. Ign.*, c. v y vii.—4. Fabro, *Memoriale*.—5. Simón Rodríguez, *De origine et prog.*, S. J.—6. *Vocationes nostrorum*.—7. Nadal, *Efemérides*.—8. Ribadeneira, *Vida del P. Ign.*, l. I, c. xiv; y II, c. I y IV.—9. *Proceso de Alcalá*.—10. Universidad de Alcalá, *Libro de actos y grados*.

1. Paralelamente al negocio de sus estudios conducía Ignacio el otro más importante de fundar la Compañía de Jesús. Cuando, vuelto de Jerusalén, empezó á estudiar en Barcelona, trató de allegar compañeros que siguiesen su modo de vivir. El primero que se le juntó fué Calixto de Sa, natural de Segovia (1), quien por consejo del santo, hizo una peregrinación á Jerusalén, y después vivió siempre al lado de Ignacio, hasta que éste partió de Salamanca para París. Después se le unieron Juan de Arteaga, á quien hacen algunos natural de Estepa, y Lope de Cáceres (2), segoviano, como Calixto, y criado del

(1) Ni Cámara ni Ribadeneira explican cuándo ó cómo se le juntaron estos cuatro compañeros. Solamente advierte el primero que ya tenía algunos cuando pasó de Barcelona á Alcalá, y luego los nombra de repente á todos (c. v), sin decir cuándo ó cómo se le juntaron. El P. Polanco, *De Vita P. Ign.*, p. 33, es el que explica con más precisión la reunión de los cuatro.

(2) Llamamos la atención del lector sobre el nombre de pila de esta persona, que consta en el proceso de Alcalá, *Boletín de la Acad. de la Hist.*, t. xxxiii, p. 440, porque sirve para demostrar lo que dos veces advierte Polanco (c. v y vii): que este Cáceres de Alcalá es distinto del otro Cáceres que se juntó con Ignacio en París. El

virrey de Cataluña. Á éstos se añadió en Alcalá un jovencito francés, llamado Juan de Reinalde (ó Juanico, como dice el P. Cámara, tal vez por la poca edad dél muchacho). Era paje del virrey de Navarra D. Martín de Córdoba, y recibiendo una herida en Alcalá, le llevaron á curar al hospital de Antezana. Allí le conoció Ignacio, y asistiéndole, sin duda, con la caridad que el santo prodigaba á los enfermos, le ganó el corazón y le atrajo á imitar su género de vida (1).

Estos cuatro aprovecharon bastante en la virtud bajo la dirección de San Ignacio. Como él, vestían pobre sayal, vivían de limosna, edificaban con santas conversaciones al prójimo, y lo que es más, participaban con cristiana resignación de las cárceles y persecuciones de su maestro. Fué admirable, sobre todo, el ejemplo de virtud que dieron una vez Arteaga y Cáceres en Salamanca. Mientras Ignacio y Calixto estaban aherrojados en el aposento de que hablamos en el capítulo anterior, fueron detenidos Arteaga y Cáceres, y encerrados en la habitación común de los demás presos. Hallaron éstos modo de abrir la puerta un día, y todos se fugaron; pero Arteaga y Cáceres permanecieron en la cárcel, sin querer aprovecharse de la ocasión para huir (2). Á pesar de tan buenos principios, esta sociedad, como *parto primerizo*, según la llama el P. Polanco, no prosperó (3). Cuando Ignacio se fué á París, dejó á sus compañeros en Salamanca, encomendados á la generosidad de algunos amigos suyos, hasta que pudiera llamarlos á Francia, si allí encontraba algún arbitrio para mantenerlos. No pudo verificarse este plan, pues como vimos, harto trabajo tenía á los principios nuestro santo Padre en mantenerse á sí mismo, sin que le fuera posible sustentar á otros. Entretanto sus discípulos, resfriados con la ausencia del maestro, se fueron cada uno por su lado. Calixto paró en comerciante, y habiendo hecho dos viajes á las Indias, volvió de allá muy rico en bienes temporales. Establecióse en España (algunos dicen que en Salamanca), y vivió cómodamente, no sin alguna extrañeza y burla de los que le habían visto

de Alcalá se llamaba Lope; el de París, Diego. Otra prueba evidente de que son dos, nos la suministra una carta del P. Doménech (*Epist. mixtae*, t. I, p. 66), escrita en 1541, en la que dice: «Maestro Cáceres, Mirón é yo oímos todos Durando». Es decir, que el año 1541 este Cáceres estudiaba teología en París. Ahora bien, el Cáceres de Alcalá ya era estudiante quince años antes, en 1526, y, por consiguiente, tendría acabados de sobra todos sus estudios el año 1541.

(1) Estas circunstancias de la reunión de Juanico las tomamos del proceso de Alcalá (*Boletín* ya citado, p. 439), aunque el P. Polanco parece colocar la reunión de Juanico en Barcelona.

(2) Cámara, *Vida del P. Ign.*, c. vi.—(3) *Sumario de la vida del P. Ign.*

antes profesar con tanto brío la pobreza evangélica. Arteaga siguió el camino de las dignidades eclesiásticas, y llegó á obtener un obispado en las Indias, al tiempo que en Roma se estaba fundando nuestra Orden. Escribió entonces por dos veces á San Ignacio, ofreciéndole su mitra para alguno de la Compañía; pero rehusándola nuestro santo Padre, se partió para su diócesis, y al llegar á Méjico, murió de una manera bien triste; pues habiendo caído enfermo, y queriendo tomar una noche cierta medicina que le recetaron, tomó por equivocación otro vaso que estaba en la misma mesa con solimán, y luego expiró (1). Cáceres volvió á Segovia, su patria, sin que sepamos cuál fué su suerte en adelante. El mejor librado de todos fué Juanico, que entró en una Orden religiosa, y en ella perseveró loablemente hasta morir (2).

2. Mientras de esta suerte se disolvía el grupo de Salamanca, ensayaba Ignacio reunir otro en París. Unos quince meses después de llegar á esta ciudad, es decir, por Mayo ó Junio de 1529, dió los Ejercicios á tres españoles, muy distinguidos por su nobleza y talento. El primero se llamaba Juan de Castro, era de Toledo y habitaba en la Sorbona; el segundo se decía Peralta, y el tercero Amador, que moraba en el colegio de Santa Bárbara. Estos tres, resueltos á renunciar al mundo y seguir, como Ignacio, la pobreza evangélica, vendieron cuanto poseían, lo repartieron á los pobres y fueron á hospedarse de limosna en el hospital de Santiago, de donde salían á mendigar por las calles. Fué increíble el enojo que concibieron todos sus parientes, amigos y conocidos al ver tan extraordinaria transformación. Llamábanlos la deshonor de sus familias, y déjase pensar cómo pondrían las lenguas maldicientes al hombre que les había inspirado aquel pensamiento. No pudiendo tolerar aquellas locuras, como ellos las nombraban, hicieron todas las diligencias posibles para retraer á los jóvenes de aquel santo propósito. Como no bastasen palabras y razones, acudieron á mano armada al hospital de

(1) Según Gams, *Series episcoporum*, ocurrió la muerte de Arteaga en Méjico el 8 de Octubre de 1540.

(2) El paradero de estos cuatro compañeros de Ignacio lo tomamos de Cámara. *Vida del P. Ign.*, c. VI y VII. El P. Ribadeneira en los *Diálogos* manuscritos sobre la suerte de los salidos de la Compañía, refiere brevemente algunas extrañas aventuras y desventuras de Cáceres, que pueden verse copiadas en el P. Alcázar. (*Crono-historia de la provincia de Toledo, libro preliminar*, c. IV, § 2.º) Como demostramos en otra nota, son dos los compañeros de Ignacio llamados Cáceres, y los hechos referidos por Ribadeneira pertenecen á Diego de Cáceres, el de París; no á Lope de Cáceres, el de Alcalá.

Santiago, sacaron de allí á los tres estudiantes y los obligaron á vivir conforme á su estado, mientras duraban sus estudios. Hubieron de ceder á la fuerza los jóvenes; pero, lo que fué peor, se olvidaron poco á poco de sus fervores y se vinieron á apartar de Ignacio, aunque siempre conservaron mucha estima de la santidad de su maestro. Castro ejerció la predicación algún tiempo en Burgos, y vino á entrar cartujo en Valencia, donde habló con San Ignacio, cuando éste vino á España en 1535. Perseveró con gran ejemplo en la nueva vida. Peralta fué después canónigo en Toledo. Ignoramos cuál fué el paradero del último (1).

Segunda vez se deshacían como el humo las trazas de Ignacio. Admiraremos los adorables designios de la Providencia, que si bien gobierna suavemente todas las acciones de los santos, pero no los conduce á su fines sin ejercitarlos mucho en la paciencia y longanimidad. Más de seis años se le pasaron á nuestro santo Padre en hacer pruebas y tentar caminos de fundación, sin obtener resultado ninguno. Así como Dios, después de hacer su primera promesa al patriarca Abraham, queriendo probar su fe, le hizo esperar tantos años el nacimiento de Isaac, así también después de revelar á Ignacio, como veremos, la fundación de la Compañía, le probó fuertemente, permitiendo se frustrasen las primeras tentativas que ensayó para llegar á tal término. Pero si Dios hace esperar al justo, es para cumplirle después más colmadamente sus deseos. Por eso, cuando llegó la hora de las misericordias divinas, ¡qué hombres vió Ignacio agruparse en torno suyo!

3. El primero que se le juntó para nunca desampararle fué el B. Pedro Fabro, saboyano. Había nacido este santo varón en Villareto, pequeño pueblo de la diócesis de Ginebra, perteneciente al actual departamento francés de Haute-Savoie el año 1506 (2). Sus padres eran pobres, y por eso durante algún tiempo hubo de hacer Pedro en su niñez el oficio de pastor. Desde que llegó al uso de la razón empezó á sentir suaves impulsos de servir mucho á Dios Nuestro Señor,

(1) Cámara, *Vida del P. Ign.*, c. 7. Polanco, *Vita P. Ign.*, 45. No indica el P. Cámara cuándo sucedió esto. El P. Polanco pone el dato de que fué quince meses después de llegar Ignacio á París. Sobre Peralta, véanse algunas noticias en *Epist. P. Nadal*, t. 1, p. 233.

(2) Todas las noticias biográficas del B. Pedro Fabro que presentamos aquí están tomadas del *Memoriale Beati Petri Fabri*, impreso por el P. Bouix en 1873. Véase esta preciosa memoria, escrita por el mismo Beato, p. 3-10. Añadimos alguna pequeña circunstancia que nos suministra Polanco.

los cuales, fomentados por la cristiana educación que recibía de sus padres, le decidieron á consagrarse á Dios por completo á los doce años, haciendo voto de castidad. Con los impulsos de devoción se despertaban en Fabro grandes ansias de estudiar. Representólas á sus padres, y aunque éstos no podían por su pobreza permitirse muchos gastos, hubieron de ceder á las instancias de su hijo y le pusieron en los estudios. Aprendidas las letras humanas, partióse en 1525 á París, y entrando en el colegio de Santa Bárbara, hizo el curso completo de filosofía, en la cual se licenció el 15 de Marzo de 1530 (1). Fué su maestro el doctor español Juan Peña, quien le estimaba extraordinariamente por su talento, y sobre todo, por su conocimiento en las lenguas antiguas; tanto, que cuando se le ofrecían dudas sobre el texto original de Aristóteles, solía consultarlas con su discípulo Fabro. El año 1529 iba á parar al mismo colegio de Santa Bárbara nuestro Padre San Ignacio, y por el mes de Octubre debía empezar el curso de la filosofía. Pronto se conocieron estas dos almas privilegiadas. Era entonces costumbre bastante general que los principiantes de filosofía repitiesen con algún estudiante aventajado las lecciones oídas en clase. Rogó Ignacio á Fabro que le permitiese hacer con él este ejercicio, y el joven saboyano se ofreció á ejecutar esta obra de caridad. Muy luego reconoció el mérito extraordinario de aquel hombre ya entrado en edad, que tan humildemente venía á repetir con él las lecciones de filosofía; y como entendió lo versado que era en cosas de espíritu, se resolvió á comunicar con él un secreto que le atormentaba desde años atrás.

4. Había hecho voto de castidad, y el demonio le combatía con varios escrúpulos y con terribles tentaciones de impureza (2). Aumentaban la confusión del tentado otros pensamientos de vanidad é inclinaciones á la gula. Resistía Fabro á estas tentaciones, pero sin manifestar á nadie lo que pasaba en su interior. Y como no cesaba la batería, y él por su silencio cerrado se hallaba solo y como aislado dentro de sí, habían llegado sus congostas á robarle toda la paz del corazón y sumergirle en gran pusilanimidad. No sabiendo cómo salir de tantas zozobras, había pensado dejar los estudios, retirarse de todo trato de gentes, y encerrándose en una celda solitaria, hacer allí oración y penitencia, hasta que Dios se compadeciese de su alma.

(1) Véase el testimonio en los Bolandos. *Acta Sanct. De S. Ign. Loy.*, § 17. Allí se dice que se graduó el año 1529, pero téngase presente que, como el año se contaba entonces desde el 25 de Marzo, los tres primeros meses pertenecían al año 1530, según el modo actual de contar.—(2) Véase el *Memorial*, p. 8 y 9.

En este estado se hallaba Fabro, cuando se decidió á comunicar su espíritu con nuestro santo Padre. No podía encontrar maestro más curtido en estas peleas. Ignacio le oyó con benignidad, le ensanchó el corazón, y para sacarle de aquel laberinto, le aconsejó que hiciese una confesión general. Dado este primer paso, le acostumbró á frecuentar los santos sacramentos, le impuso en examinar cada día su conciencia, y le enseñó la práctica del examen particular, para ir desarraigando uno por uno todos los vicios. De esta manera le tuvo dos años, de 1530 á 1532 (1), en los cuales Fabro, no sólo alcanzó la paz de su espíritu, sino que hizo progresos admirables en la virtud. Entonces fué cuando Ignacio le manifestó el plan que tenía de ir á Jerusalén, y después consagrarse por completo á procurar la salvación de las almas. Entusiasmóse Fabro al oír esta idea, y se ofreció á Ignacio por perpetuo compañero suyo. Al año siguiente hubo de hacer un viaje á Saboya para arreglar algunos negocios domésticos. Concluyólos con felicidad, y dando un eterno adiós á sus parientes, se volvió al lado de Ignacio. En el invierno de 1533 á 1534 hizo los Ejercicios espirituales con tal fervor y con tales excesos de penitencia, que hubo de moderarlos nuestro santo Padre, para que no estragase lastimosamente la salud. Por fin en el verano de 1534 recibió Fabro el sacerdocio (2), y celebró la primera misa el día de Santa María Magdalena (22 de Julio).

El segundo de los discípulos estables fué la mayor conquista que hizo Ignacio en toda su vida, el hombre más admirable en su línea que ha tenido la Iglesia de Dios, el príncipe de los misioneros, San Francisco Javier. Este glorioso santo, cuyo nombre había de unirse para siempre con el de Ignacio en el honor de los altares y en la veneración del orbe católico, nació en el castillo de Javier, cerca de Sangüesa, en Navarra. Fueron sus padres Juan de Jassu ó Jaso y María de Azpilcueta, señores de Javier. Ambos eran de linaje muy distinguido, y Juan de Jaso fué presidente del consejo real de los últimos reyes de Navarra, á los cuales sirvió con fidelidad en la próspera y adversa fortuna. Vino al mundo nuestro santo el 7 de Abril de 1506 (3). Son escasísimos los datos que tenemos acerca de su vida

(1) Cuatro dice Ribadeneira (*Vida de S. Ign.*, l. II, c. IV) que pasó Fabro en este estado; pero como el mismo Fabro dice en su Memorial (*Memoriale*, p. 11), ya á los dos había resuelto seguir á Ignacio, aunque todavía perseveró otros dos sin hacer exteriormente mudanza de vida.

(2) *Memoriale*, p. 12.

(3) Durante un siglo estuvieron repitiendo nuestros historiadores, hasta Bartoli